

**Merche Osés URRICELQUI**

***Poder, simbología y representación en la Baja Edad Media: el ajuar en la corte de Carlos III de Navarra (1387-1425)***

El pasado 26 de junio de 2015 tuvo lugar en la sala Nicolás Oresme de la Universidad Pública de Navarra (UPNA) el acto de defensa de la tesis doctoral titulada *Poder, simbología y representación en la Baja Edad Media: el ajuar en la corte de Carlos III de Navarra (1387-1425)* a cargo de Merche Osés Urricelqui. La investigación ha sido dirigida por Eloísa Ramírez Vaquero, catedrática del Departamento de Geografía e Historia de la UPNA. El tribunal estuvo presidido por Jose Manuel Nieto Soria, catedrático de la Universidad Complutense de Madrid y especialista en ceremoniales regios de la Baja Edad Media; Juan Vicente García Marsilla, doctor en Historia del Arte en la Universidad de Valencia, experto en indumentaria y moda medieval, en calidad de vocal, y como secretario Fermín Miranda García, doctor en Historia en la Universidad Autónoma de Madrid, especialista en la historia medieval navarra. Las evaluadoras externas fueron María Martínez Martínez y María Luz Rodrigo Esteban, doctoras en Historia Medieval en la Universidad de Murcia y Zaragoza, respectivamente. El tribunal otorgó a esta tesis la calificación de sobresaliente *cum laude* por unanimidad.

Esta tesis doctoral se centra en los modos de vida de la corte regia en el período de su mayor esplendor, que se sitúa en el tránsito del siglo XIV al XV. Para ello cobra un especial relieve lo que podemos englobar bajo la etiqueta de «ajuar», entendiendo aquí por tal todo el conjunto de objetos y manifestaciones vinculados a la vida cortesana (tejidos, pieles, ropas, calzado, joyas, piezas de vajilla, armas, etc.).

El estudio del ajuar de la corte del rey Carlos III se sustenta primordialmente sobre los registros del tesorero, conservados en el Archivo Real y General de

Navarra, donde anualmente se anotan, de forma sistemática, las cuentas de la Casa real. El gasto suntuario encuentra diversos apartados referentes al ajuar regio: *Joyeles, Paynnos, Peletería, Mercería, Telas y Fayçon de ropa*, donde se anotan los pagos por la compra de productos, el arreglo de joyas o la confección de ropas, joyas o piezas de vajilla, entre otras cosas.

A la información que aporta la documentación contable hay que sumar la importante obra iconográfica y escultórica de estos siglos y las escasas colecciones de piezas suntuarias que se conservan en los distintos museos y que ayudan a recrear la vida cortesana de este período. No son muchos los ejemplos artísticos conservados en Navarra para esta época pero siempre que se ha podido se han incluido. La mayor parte de las representaciones corresponden a fuentes francesas con las que hay una gran similitud.

Durante todo el reinado de Carlos III el ámbito cortesano aparece como un destello de bienestar, lujo y ostentación. Prueba de ello es el encargo y adquisición de miles de objetos suntuarios anotados en las fuentes y que componen el denominado ajuar regio. Entre estas piezas destacan los más caros tejidos de lana y seda en diferentes colores y las finas pieles con las que se confeccionan las más variadas y hermosas prendas de vestir. Unas ropas dispuestas en el guardarropa de la familia real y listas para lucir en días señalados como el día del Corpus Cristi, el primer día del año en la fiesta de las Estrenas, el día del bautizo del infante heredero, o bien con motivo de la visita de algún personaje importante, como cuando el patriarca de Alejandría se alojó en el castillo de Estella, en mayo de 1396, y comió con el rey para ahondar en el asunto del Cisma de la Iglesia. En esa ocasión y con motivo de tan ilustre invitado se encargó dorar la pieza más emblemática y llamativa de la mesa que ambos ocuparían en la gran sala del castillo, una gran nave de plata que portaba la divisa del lebre y el águila perteneciente al rey, y cuyo gesto ponía de relevancia el alto rango del comensal.

La celebración puntual de bodas reales, bautizos, coronaciones y funerales era otro de los momentos clave en el que el guardarropa incrementaba su número de prendas, que en muchos casos rozaban un lujo inusitado. Hay que considerar, lógicamente, que la corte se viste de un modo u otro según la ocasión y de acuerdo a los presentes en el día. En todas esas ocasiones hay mensajes que transmitir y gestos que desarrollar.

Todo ese ajuar, tanto textil como de materiales preciosos, implica unas formas de vida, unos usos y costumbres de las capas elevadas de la sociedad, y una forma de representar el poder –en este caso regio y del entorno real– ante sus súbditos y los reinos vecinos. Es decir, implica una escenografía, y un ceremonial. Además, este es el momento en que surge la moda, la cual puede apreciarse aquí, y es fruto de estos intercambios, contactos y viajes que los monarcas y sus

emisarios realizan en estos momentos. El pequeño reino de Navarra no se quedó atrás en este tema y recibió influencias de la moda francesa, inglesa, castellana, al igual que ella también pudo ejercer cierta influencia hacia otros reinos: es el caso de la prenda denominada hopalanda, que con un origen borgoñón llegó a Navarra y, al parecer, de aquí se extendió a otros reinos peninsulares.

Por otra parte se analizan los circuitos comerciales, los principales mercados de Zaragoza y Barcelona, en los que se adquieren estas mercancías preciosas; los mercaderes, con una fuerte presencia de navarros (53%) y extranjeros (31%) –en este caso muchos de ellos proceden de la corona aragonesa–, que iban de un lado a otro a través de las rutas comerciales trayendo y llevando diversas mercancías para la corte navarra e incluso el traslado de todos estos productos, algunos muy delicados, hasta el lugar de destino. Los artesanos que trabajaron en el diseño y confección de estas lujosas y exclusivas piezas destinadas a la familia real también son motivo de análisis. Entre ellos se encontraban algunos de los más afamados artistas del momento venidos de lejanas tierras, lo que demuestra un gran cosmopolitismo en la corte navarra. Es el caso del escultor Johan de Lome que realizó el hermoso sepulcro de aires franceses del rey Carlos III y Leonor –que marcó un hito en la escultura funeraria navarra–, situado en la catedral de Santa María de Pamplona. Todos ellos elaboraron un extraordinario arte efímero que enalteció los actos presenciados por buena parte de los habitantes del reino y de personalidades procedentes de otros lugares.

Tras estas adquisiciones se evalúa el montante de la suma referente a los gastos suntuarios, anuales o del reinado completo, bien en su totalidad o en cada uno de los epígrafes anotados, y se pone en relación con el conjunto de los gastos de la Corona. Los gastos suntuarios suponen el 10,34% sobre el gasto total del reinado. Este ejercicio es importante para situar la relevancia de la vertiente suntuaria en la concepción política y la percepción social de la época. De esta manera se observa la evolución de esos dispendios suntuarios a lo largo del reinado y cómo aumenta considerablemente de cara a la celebración de las grandes ceremonias regias (coronación y funeral), de otras relacionadas con ciertos hitos en las etapas de la vida (bautismo y matrimonio) y con asuntos políticos que incumben al reino (viajes, recepciones, embajadas, etc.). Como ejemplo, en el año 1390, año de la coronación del rey, el gasto suntuario ascendió a casi el 23% del gasto total de la corona.

Analizar estos gastos e inversiones adquiere una razón de ser que va más allá del interés por la mera adquisición de piezas coleccionables, porque ese no es el objetivo. El propósito se vincula directamente con la manifestación de la realeza misma, con la transmisión de su prestigio y su poder; con la insistencia en su presencia en un reino de larga tradición de ausencias regias. Con todo

esto Carlos III trata de reconstruir la imagen de la realeza con la creación de una escenografía de lujo y boato en que se desarrollan las ceremonias cortesanas que proyectan una propaganda política del rey. Esto es lo que se desarrolla en la cuarta parte de la tesis.

Lo que el rey Noble pone de manifiesto y fue general a todas las monarquías del siglo XIV-XV fue la convicción de que el lujo y la magnificencia eran imprescindibles para declarar la grandeza de la realeza, y las diversas ceremonias relacionadas con el monarca –bautizos, bodas, torneos, nombramiento de caballeros, coronaciones y funerales–, resultaban el escenario adecuado para mostrarlo. La arquitectura en la que se circunscriben estas ceremonias –palacios, catedral, iglesias, calles de las ciudades, etc.– presentaba un espectáculo permanente, ya que era la ocasión perfecta de lucimiento, pompa y exhibición del honor, el rango y la dignidad de cada uno de los miembros de la familia real.

Un deslumbrante espectáculo visual de lujo y colorido, además de auditivo, que se impregnaba en la retina del espectador: súbditos, mensajeros, diplomáticos y soberanos de otras cortes vecinas. La aparición del rey debía de ser majestuosa y sorprendente. No hay que olvidar que el rey había estado presente en algunas de las ceremonias celebradas en la corte francesa, o en las más austeras de Castilla y la Corona de Aragón, y conocía de primera mano tanto el decorado y el desarrollo de éstas, como el objetivo que se pretendía alcanzar. Este príncipe de sangre francés, aunque soberano de un reino ibérico, ofrecía a Navarra la ocasión de participar en encuentros internacionales, recepciones y fiestas, según las modas de las cortes más importantes del momento, con las que estaba emparentado, Valois, Berry, Borgoña y Trastámara, entre otras. Ya su padre, Carlos II, había sabido mantenerse en ese escenario internacional y su hijo lo continuó.

Desde su llegada al trono navarro, el rey se rodea de signos y ocasiones cotidianas de expresión de esa majestad, que se irán desarrollando en los espacios que construirá o mejorará para ello, la catedral y el palacio de Olite, entre otros. El escenario y su decorado, la puesta en escena y los gestos de los protagonistas envuelven la vida cortesana, al igual que ocurre en los grandes centros de poder soberano del momento.

Estas ceremonias no dejaban ningún resquicio a la improvisación. Desde la manera de vestirse hasta los hábitos en la mesa, estaban regulados por una escrupulosa liturgia que parecía responder a las mismas claves y objetivos que los actos públicos. Así, el vestido y el ajuar doméstico traspasaban la frontera de lo material para adentrarse en el espacio de los símbolos, y a partir de ahí se convertían en un instrumento prioritario para mantener a cada uno en su lugar y reforzar la magnificencia del poder real, para proyectar un mensaje cuyo código la sociedad de su tiempo conoce.